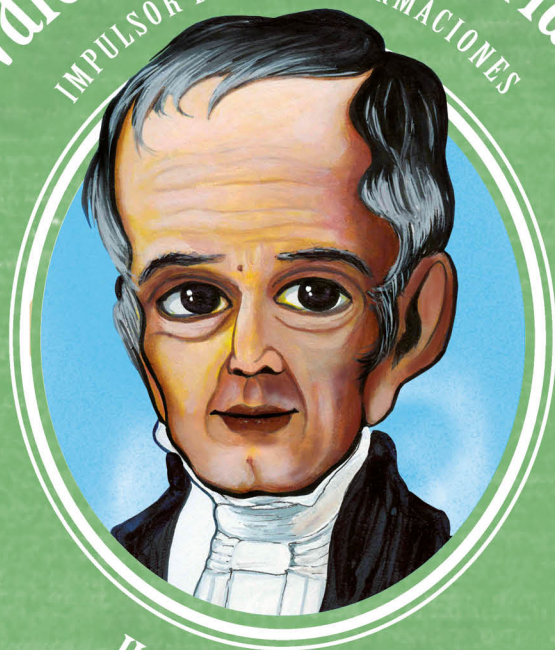


Biografías para
juventudes lectoras

Valentín Gómez Farías

IMPULSOR DE TRANSFORMACIONES



HORACIO CRUZ GARCÍA

SECRETARÍA DE CULTURA
INSTITUTO NACIONAL DE ESTUDIOS HISTÓRICOS
DE LAS REVOLUCIONES DE MÉXICO

VALENTÍN GÓMEZ FARIÁS

IMPULSOR DE TRANSFORMACIONES



Biografías para
juventudes lectoras

CULTURA

SECRETARÍA DE CULTURA



SECRETARÍA DE CULTURA

Alejandra Frausto Guerrero

Secretaria de Cultura

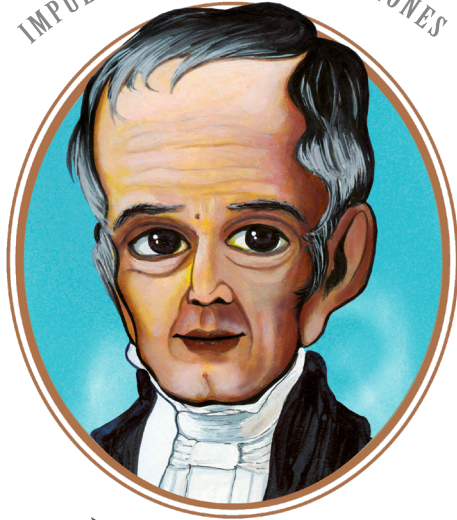


INSTITUTO NACIONAL DE ESTUDIOS HISTÓRICOS
DE LAS REVOLUCIONES DE MÉXICO

Felipe Arturo Ávila Espinosa

Director General

VALENTÍN GÓMEZ FARIÁS
IMPULSOR DE TRANSFORMACIONES



HORACIO CRUZ GARCÍA

MÉXICO 2024

Ediciones en formato electrónico:
Primera edición, INEHRM, 2024

D. R. © Horacio Cruz García, textos.
D. R. © Antonio Noel Gutiérrez González, adaptación.
D. R. © Gabriel Gutiérrez, ilustraciones de interiores.
D. R. © Rodrigo Oscar Rivera Meneses, ilustración de portada.

D. R. © Instituto Nacional de Estudios Históricos
de las Revoluciones de México (INEHRM),
Plaza del Carmen núm. 27, Colonia San Ángel, C. P. 01000,
Alcaldía Álvaro Obregón, Ciudad de México.
www.inehrm.gob.mx

Las características gráficas y tipográficas de esta edición son propiedad del Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México, órgano desconcentrado de la Secretaría de Cultura.

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción parcial o total, directa o indirecta, del contenido de la presente obra, sin contar previamente con la autorización expresa y por escrito de los editores, en términos de la Ley Federal del Derecho de Autor, y en su caso de los tratados internacionales aplicables, la persona que infrinja esta disposición, se hará acreedora a las sanciones legales correspondientes.

ISBN: 978-607-549-544-6

HECHO EN MÉXICO

UN 14 DE FEBRERO...

● ● ● día de San Valentín, pero de 1781, nació en Guadalajara, provincia de la Nueva Galicia, un niño a quien le pusieron el nombre de José María Valentín. Sus padres eran José Lugardo Gómez, originario de Guadalajara, y María Josefa Martínez, de Saltillo. Fue bautizado en la catedral de Guadalajara a los siete días de haber llegado al mundo. Y le llamaron Valentín porque era costumbre bautizar al recién nacido con el nombre del santo o santa del día en que nació.

La familia de Valentín era criolla, lo que quiere decir que eran hijos de españoles, pero nacidos en América. Como su papá era comerciante, él y su

familia no vivieron en la pobreza, como la mayoría de los campesinos e indígenas de Nueva España; pero tampoco formaron parte de la élite social de aquellos años.

El mundo en el que nació y vivió Valentín Gómez Farías era totalmente diferente al de nosotros. ¿Te puedes imaginar la vida cotidiana de aquella época? Para empezar no había electricidad, la ciudad de ese pasado remoto era tan distinta que hoy sólo la podemos conocer por algunos viejos edificios, tampoco existían las carreteras ni más medios de comunicación que los periódicos. No había presidentes o Cámaras de diputados sino que gobernaba un virrey, que era nombrado por el monarca español, así que no existía la división de poderes ni los estados como hoy los conocemos.

La sociedad era compleja: en el siglo XVIII, las denominadas castas ya no tenían mucho sentido, pues la mayoría de la población novohispana era producto del mestizaje, por lo que ser español o indígena no implicaba necesariamente una posición social mejor o peor; sin embargo, esto no significaba que la sociedad novohispana fuera igualita-

ria, pues todavía existían diferencias económicas muy grandes entre grupos sociales.

Después de que México se independizara en 1821, la desigualdad social, la inestabilidad económica y el enorme poder que tenían la Iglesia católica y el Ejército sobre el gobierno y el pueblo permanecieron como herencias del régimen virreinal. Muchas personas pensaron que esto era un obstáculo para el progreso y la prosperidad de la nación. Por eso, a lo largo de varios años hubo luchas para transformar la sociedad mexicana, y don Valentín fue uno de los principales protagonistas.



LOS AÑOS MOZOS

Guadalajara, entonces capital de Nueva Galicia, era una de las ciudades más importantes del virreinato, tenía poco más de 24 mil habitantes en 1790. Las principales actividades económicas eran la agricultura, la producción de manufacturas y el comercio. En aquella ciudad había diferentes profesiones y oficios, desde clérigos y médicos, hasta jornaleros y campesinos.

Valentín era un muchacho tímido e introvertido, por eso sus primeros años de vida fueron tranquilos. Recibió educación en su casa, aunque él mismo admitiría que no era un muchacho muy brillante y siempre sacaba bajas calificaciones. Esta situación cambió años después, y en 1800 obtuvo el título de bachiller en Filosofía en el Seminario Tridentino de Guadalajara, donde conoció a otras personas que fueron políticos importantes años después, como Francisco García Salinas y Anastasio Bustamante.



En 1801, Valentín inició sus estudios de medicina en la Real Universidad de Guadalajara, donde asombró a compañeros y profesores por su capacidad intelectual y su inquietud por el saber, lo que lo llevó incluso a leer libros en francés, algo bastante raro en esa época.

Esto mismo le permitió conocer nuevas ideas políticas que lo marcarían durante toda su vida. En 1808, con el fin de ejercer su profesión, se trasladó a la ciudad de México para obtener la licencia del Protomedicato, que era un tribunal encargado de autorizar y vigilar a médicos, parteras, cirujanos y boticarios.

La situación política no era tranquila. La monarquía española se quedaba sin rey, pues Fernando VII, el monarca, había sido apresado por Napoleón Bonaparte en mayo de 1808. En Nueva España, el Ayuntamiento de la ciudad de México, compuesto en su mayoría por criollos, propuso que el virrey José de Iturrigaray continuara gobernando Nueva España en nombre de Fernando VII. Esto no agradó a los integrantes peninsulares del Consulado de comerciantes, pues creían que era el primer paso para la Independencia, por lo que el 15 de septiembre de 1808 apresaron a varios integrantes del Ayuntamiento y a Iturrigaray, poniendo en su lugar a un viejo militar llamado Pedro de Garibay como nuevo gobernante del virreinato.

Descontentos por la situación, diferentes personas comenzaron a conspirar contra el “mal gobierno” que surgió del golpe de Estado. En 1809, se descubrió una conjura que involucraba a milicianos criollos establecidos en Valladolid, lo que hoy es Morelia. En 1810, otra conspiración fue descubierta, pero antes de que los involucrados fueran apresados por las autoridades virreinales, la ma-

drugada del 16 de septiembre el cura Miguel Hidalgo llamó a la población del pueblo de Dolores a levantarse en armas contra el gobierno español.

UN MÉDICO DURANTE LA INDEPENDENCIA

Don Valentín, de 29 años, dejó la ciudad de México en enero de 1810 y se dirigió a Aguascalientes, una tranquila y encantadora ciudad que, a diferencia de muchas partes del virreinato, no sufrió estragos debido a la guerra de Independencia, lo que le



permitió ejercer de manera tranquila su profesión durante siete años, sobre todo prestando ayuda a clases más necesitadas. Gracias a esto, se hizo conocido por los vecinos de la ciudad, de quienes se ganó su afecto y gratitud.

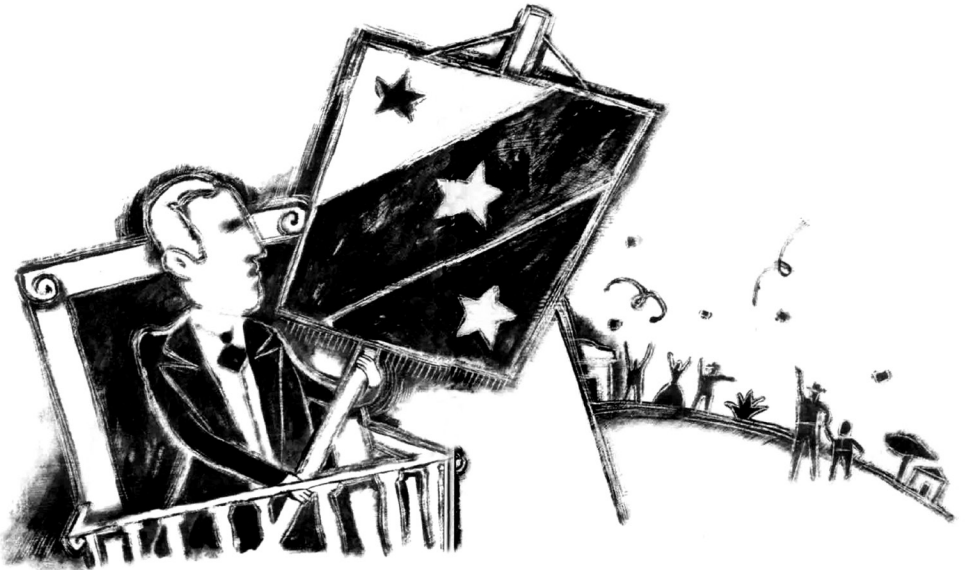
En enero de 1817, regresó por breve tiempo a la ciudad de México, pues tenía problemas de salud, y también para mejorar sus conocimientos en medicina. Para entonces, la insurgencia se encontraba disminuida, salvo por la expedición del insurgente español Xavier Mina, que había llegado a Tamaulipas en ese mismo año. Don Valentín regresó en septiembre a Aguascalientes, donde se casó con Isabel López Padilla el 4 de octubre de ese año.

En 1820, inició su vida política como integrante del Ayuntamiento de Aguascalientes. Por esa época, también formó un batallón de ciudadanos dispuestos a luchar a favor de la independencia.

En este periodo cambió su apellido Martínez por Farías, también de la familia materna, para evitar ser confundido con otras personas, pues sus apellidos eran, y son hasta el día de hoy, bastante comunes en todo el territorio nacional.

LA FUERZA DE LAS CIRCUNSTANCIAS

En 1821, fue electo diputado por Zacatecas (Aguas-calientes era parte de Zacatecas en esos años) para las Cortes españolas en Madrid. Esto último ya no se logró, pues México obtuvo su independencia gracias al movimiento encabezado por Agustín de Iturbide, mismo que entró triunfal a la ciudad de México el 27 de septiembre de 1821. Si bien don Valentín no pudo asistir a las Cortes en España,



fue elegido diputado en 1822 para formar parte del Congreso que habría de darle al Imperio Mexicano su primera constitución. Esto porque, entre los representantes de las diferentes provincias, uno debía ser militar, y él era coronel de la milicia cívica.

El 24 de febrero de 1822 inició funciones el Congreso Constituyente mexicano. La tarea no fue fácil, pues rápidamente hubo problemas entre los diputados y Agustín de Iturbide, presidente de la Regencia que gobernaba el país hasta la designación formal del emperador. El 18 de mayo un grupo de soldados y la población de la capital nacional aclamaron a Iturbide como monarca, por lo que al día siguiente el Congreso se reunió para discutir el asunto.

En el recinto legislativo, los congresistas eran presionados constantemente por militares, religiosos y la multitud para que nombraran emperador a Iturbide. Don Valentín argumentó que el Congreso estaba en facultad de realizar tal acción, pues España no había reconocido los Tratados de Córdoba de 1821, que estipulaban que Fernando VII

o alguno de sus hermanos habrían de gobernar México y, en caso de que no aceptaran, el Congreso mexicano designaría al monarca. Al final, los diputados votaron a favor de nombrar emperador a Iturbide.

Desde la entrada del Ejército Trigarante a la ciudad de México el 27 de septiembre de 1821, Iturbide había gozado de fama y popularidad entre la población, los políticos, los religiosos y los militares, por lo que no extraña que don Valentín haya encabezado la postura a favor de su coronación, misma que tuvo lugar el 21 de julio de 1822 en la Catedral Metropolitana de México. Pese a esto, los desacuerdos entre el ahora emperador Agustín I y el Congreso continuaron.

En agosto de ese año, el gobierno aprehendió a diferentes personas acusadas de conspiración, incluidos algunos diputados. Esto agravó la relación entre Iturbide y los constituyentes, por lo que el 30 de octubre ordenó cerrar el Congreso. Esto minó la imagen de Iturbide, quien se convirtió en un tirano ante la población y los políticos. Debido al encarcelamiento de sus compañeros, don Valentín

manifestó su descontento, por eso empezó a apoyar el republicanismo.

DEL IMPERIO A LA REPÚBLICA

El 6 de diciembre de 1822, Antonio López de Santa Anna y Guadalupe Victoria lanzaron el Plan de Veracruz, donde desconocían a Iturbide como emperador y pedían que se reinstalara el Congreso Constituyente. El 10. de febrero de 1823, el general José Antonio de Echávarri lanzó el Plan de Casa Mata, donde pedía que se eligiera un nuevo Constituyente, aunque respetaba la figura del monarca. Las provincias se unieron a este plan, lo que le restó apoyo a Iturbide, quien se vio obligado a renunciar a la corona el 19 de marzo de 1823.

Don Valentín había regresado al Congreso y propuso que se formara uno nuevo, como lo indicaba el Plan de Casa Mata. A pesar de que sus compañeros diputados se opusieron, diferentes provincias del país se declararon como estados libres y soberanos, lo que puso en riesgo la unión del país. Debido a esto, finalmente se convocó a

un nuevo Constituyente, del cual don Valentín formó parte.

En el nuevo Congreso, don Valentín apoyó el federalismo: es decir, que los estados decidieran quiénes serían sus gobernantes, en lugar de que fueran nombrados desde la ciudad de México, forma de gobierno que tenemos hasta la actualidad. Jalisco, su estado natal, y Zacatecas, su estado adoptivo, habían luchado a favor de la federación a mediados de 1823, por lo que no resulta extraño que don Valentín fuera partidario de estas ideas. El 4 de octubre de 1824 el Congreso publicó la Constitución Política, la cual fue jurada por todos los diputados al día siguiente.

DE LA CALMA A LA TEMPESTAD

Don Valentín, ahora de 43 años, se convirtió en uno de los más férreos defensores del federalismo. Entre 1825 y 1828 fue senador por Jalisco, y gracias a su popularidad, fue nombrado dos veces como presidente de la Cámara de Senadores. Además de su carrera política, continuó

atendiendo a personas que necesitaran sus servicios como médico.

El país no estuvo mucho tiempo en paz. Comenzaron las disputas políticas entre las logias masónicas de los ritos yorkino (federalistas) y escocés (centralistas), mismas que funcionaban de



manera similar a los partidos políticos de hoy en día; además, había amenazas de reconquista por parte de España. Entre 1828 y 1832 hubo una serie de golpes militares, donde se quitaban y ponían a presidentes a punta de fusiles; don Valentín se alejó de su actividad legislativa y en 1830 salió de la capital nacional hacia Zacatecas, donde gobernaba su amigo Francisco García Salinas. Al año siguiente, fue electo diputado local en aquel estado.

En 1832, estalló una guerra civil entre Antonio López de Santa Anna y el presidente Anastasio Bustamante. Sin embargo, ninguno de los bandos enfrentados tenía asegurado el triunfo, por lo que Gómez Farías y García Salinas, opositores al gobierno bustamantista, pactaron con Santa Anna para reforzar el movimiento contra el presidente. La alianza fue hecha a regañadientes, pues don Valentín y don Francisco conocían de sobra la ambición del general Santa Anna, más interesado en obtener el poder para él que en un proyecto político.

En diciembre de 1832, el presidente Bustamante y su ejército aceptaron la derrota. Manuel Gómez Pedraza, quien había sido electo presidente

en 1828 y tuvo que salir exiliado ese mismo año, había regresado recientemente al país. Por acuerdo entre los bandos contendientes, don Manuel ocupó la presidencia durante los tres primeros meses de 1833 para encargarse de las elecciones presidenciales. Entre febrero y marzo de ese año, don Valentín fue nombrado ministro de Hacienda, aunque poco pudo hacer por la falta de tiempo y dinero.

Además, las elecciones eran muy diferentes en esa época: los congresos de los estados enviaban a la Cámara de Diputados en la ciudad de México sus votos para presidente y vicepresidente; la persona con el mayor número de votos ocupaba el primer cargo, y quien obtenía el segundo mayor número de votos, el otro. El 30 de marzo de 1833, Antonio López de Santa Anna y Valentín Gómez Farías fueron nombrados presidente y vicepresidente de la nación, con lo que se sellaba la alianza del año anterior.

LA TRANSFORMACIÓN QUE NO FUE

El 10. de abril de 1833 debían tomar posesión de sus cargos Antonio López de Santa Anna y Valen-

tín Gómez Farías. Sin embargo, el primero no se presentó en la ciudad de México, por lo que correspondió al médico jalisciense, de 52 años, tomar las riendas del país. En casi once años de vida independiente era el primer civil en ocupar la presidencia. Si bien había sido coronel de milicia, su carrera pública la hizo como civil, a diferencia de los anteriores presidentes, quienes fueron militares de profesión.

Don Valentín se encontró con un país en una situación muy difícil: el gobierno no tenía dinero suficiente y el comercio se encontraba estancado, situación que se agravaba por la falta de ferrocarriles y otros medios de transporte entre la compleja geografía nacional; lo que producía el país era para su propio consumo. Las condiciones de vida de la sociedad mexicana no cambiaron ni mejoraron respecto a la época de los virreyes: aunque se abolieron las diferencias étnicas, en el país mandaba una minoría de criollos ante una inmensa mayoría de mestizos e indígenas. La administración de justicia era lenta, torpe e incompleta.

Los militares y religiosos gozaban de fueros, lo que significaba que, en caso de cometer delitos, no

serían juzgados por civiles sino por sus pares, y esto garantizaba castigos leves o la impunidad. El Ejército, a través de los pronunciamientos, ponía o quitaba gobernantes sin respetar la voluntad de los ciudadanos. La Iglesia tenía una fuerte influencia



en la educación, pues muchas escuelas, sobre todo de nivel superior, eran controladas por ella; además, poseía muchas propiedades y tierras, lo que la hacía una institución económicamente rica en un país que padecía la escasez de dinero.



Los privilegios que gozaban los militares y eclesiásticos chocaban contra las ideas liberales que buscaban una sociedad más igualitaria. Ante este panorama, don Valentín, apoyado en un Congreso que compartía sus ideales, decidió llevar a cabo una ambiciosa reforma para transformar la sociedad y las instituciones del país, a partir de disminuir el poder de la Iglesia y el Ejército.

En el ámbito educativo, los liberales cerraron la Universidad, que era controlada por los religiosos, para dar paso a una Dirección General de Instrucción Pública que organizaría la educación en el Distrito Federal y los territorios del país, pues cada estado tenía sus propias leyes respecto a la enseñanza; además, se decretó la creación de una Biblioteca Nacional. De igual forma, el gobierno ordenó que diferentes edificios que pertenecían a la Iglesia se convirtieran en escuelas.

En cuanto al Clero, los legisladores liberales prohibieron que el diezmo fuera obligatorio para la población, además de eliminar la coacción del cumplimiento de los votos monásticos: es decir, no se podía obligar a las personas a permanecer en

los conventos o monasterios si no era su voluntad. Por otro lado, propuso vender las propiedades de la Iglesia para pagar el sueldo a los militares.

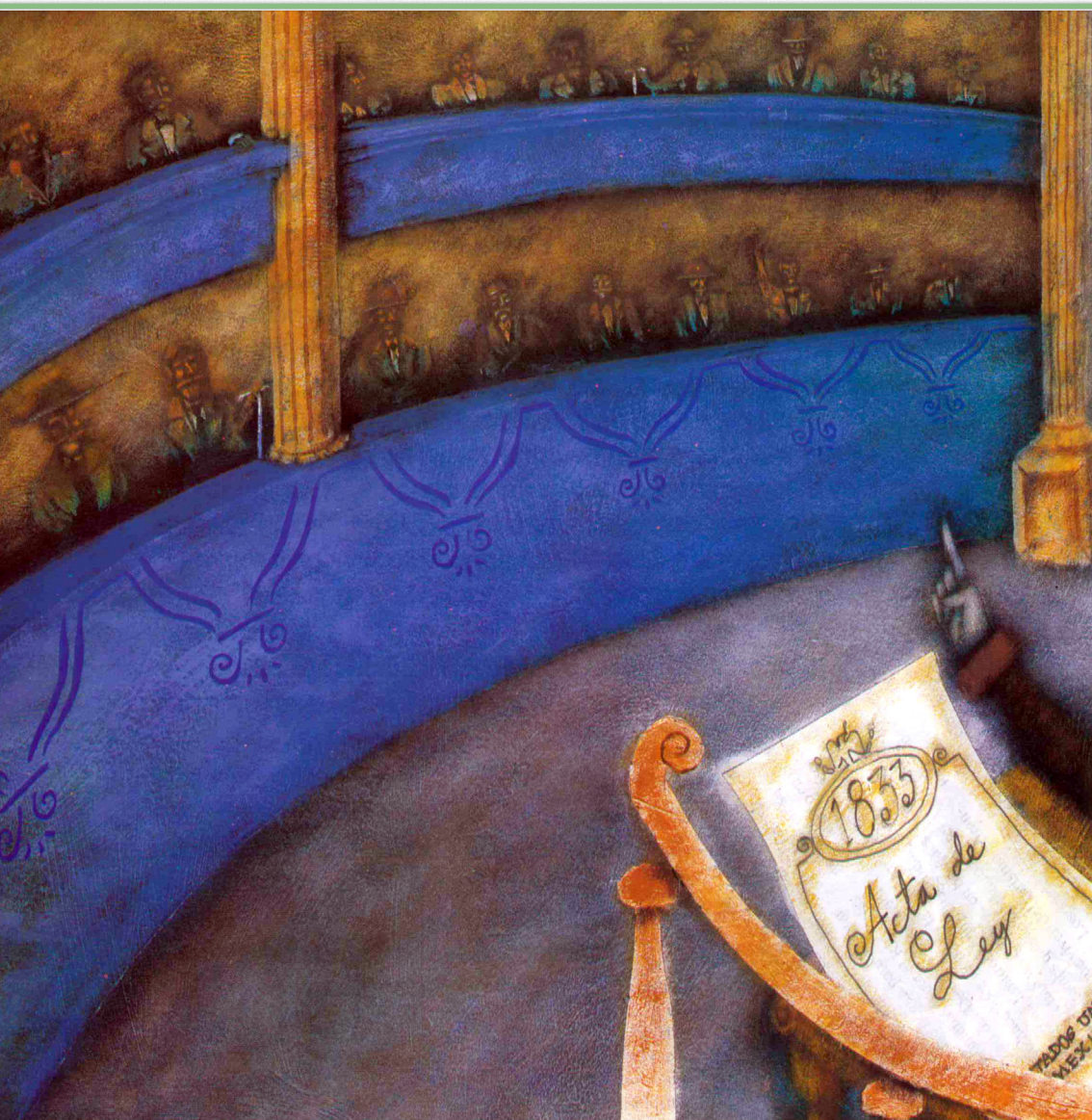
El gobierno intentó secularizar las misiones de la Iglesia, para que se convirtieran en poblados civiles en lugar de congregaciones religiosas y, con el paso del tiempo, los habitantes se volvieran propietarios y generaran recursos económicos propios.

En esa época, en el país solo había 7 millones de habitantes, ¡hoy somos 126 millones de mexicanos! La baja densidad de población provocaba que grandes extensiones de territorio no fueran utilizadas para la agricultura y otras actividades económicas; además, las fronteras del norte, poco habitadas, fueron codiciadas por los estadounidenses.

Para disminuir el poder del Ejército, se fortalecieron las milicias cívicas, que eran fuerzas armadas de carácter temporal, compuestas por ciudadanos que no gozaban de fueros y respondían directamente a los gobernadores de sus estados. Se procuró disminuir el número de batallones y regimientos

del Ejército permanente, además de expulsar de las fuerzas armadas a aquellos militares que se hubieran rebelado contra el gobierno.

Don Valentín y los legisladores liberales se encontraron con el rechazo inmediato del Ejército



y la Iglesia, quienes no querían perder sus privilegios. El 26 de mayo de 1833, casi dos meses después de que don Valentín asumiera la vicepresidencia, se levantó en armas el general Ignacio Escalada con el lema “Religión y Fueros”.



Días después, se le unió el general Gabriel Durán desde Tlalpan, que entonces se encontraba a las afueras de la ciudad de México. Antonio López de Santa Anna había llegado el 16 de mayo a la capital nacional para asumir la presidencia, pero rápidamente dejó el cargo para combatir a los sublevados. En la noche del 6 al 7 de junio, un grupo de militares intentaron derrocar a don Valentín, aunque no tuvieron éxito.

La rebelión fue sofocada, aunque continuó la molestia de los sectores conservadores, el Ejército y la Iglesia. En los meses siguientes, Santa Anna iba y venía a su hacienda en Veracruz, argumentando problemas de salud. Esto permitió a don Valentín y el Congreso seguir con su labor reformista. El presidente, a pesar de su indefinición política, no obstaculizó el proyecto liberal; pero esto cambió en diciembre de 1833, cuando los diputados debatieron sobre la disminución del número de batallones y regimientos, algo que no agradó al titular del poder Ejecutivo. Las fuerzas conservadoras se reagruparon y atacaban todos los días no sólo al vicepresidente, sino también

al sistema federal, acusándolo de ser la causa de todos los males del país.

A inicios de 1834 la situación se había calmado, y parecía que ya había pasado la amenaza. Pero no fue así y, a mediados de abril, don Valentín solicitó permiso al Congreso para retirarse del país por un periodo de un año. Unos días más tarde, Antonio López de Santa Anna regresó a la capital nacional para reasumir la presidencia. En mayo hubo un pronunciamiento militar en Cuernavaca, donde declaraban su oposición a las reformas liberales y pedían a Santa Anna proteger sus peticiones. El general-presidente, con el pretexto de impedir que la inestabilidad se extendiera a todo el territorio, ordenó cerrar el Congreso, lo que significó el fin de la primera reforma liberal en nuestro país.

LOS AÑOS AMARGOS

Tras su paso por la vicepresidencia, don Valentín y su familia corrían peligro. En septiembre de 1834 abandonó la ciudad de México con sus tres hijos y su esposa Isabel embarazada, y sin dinero en el



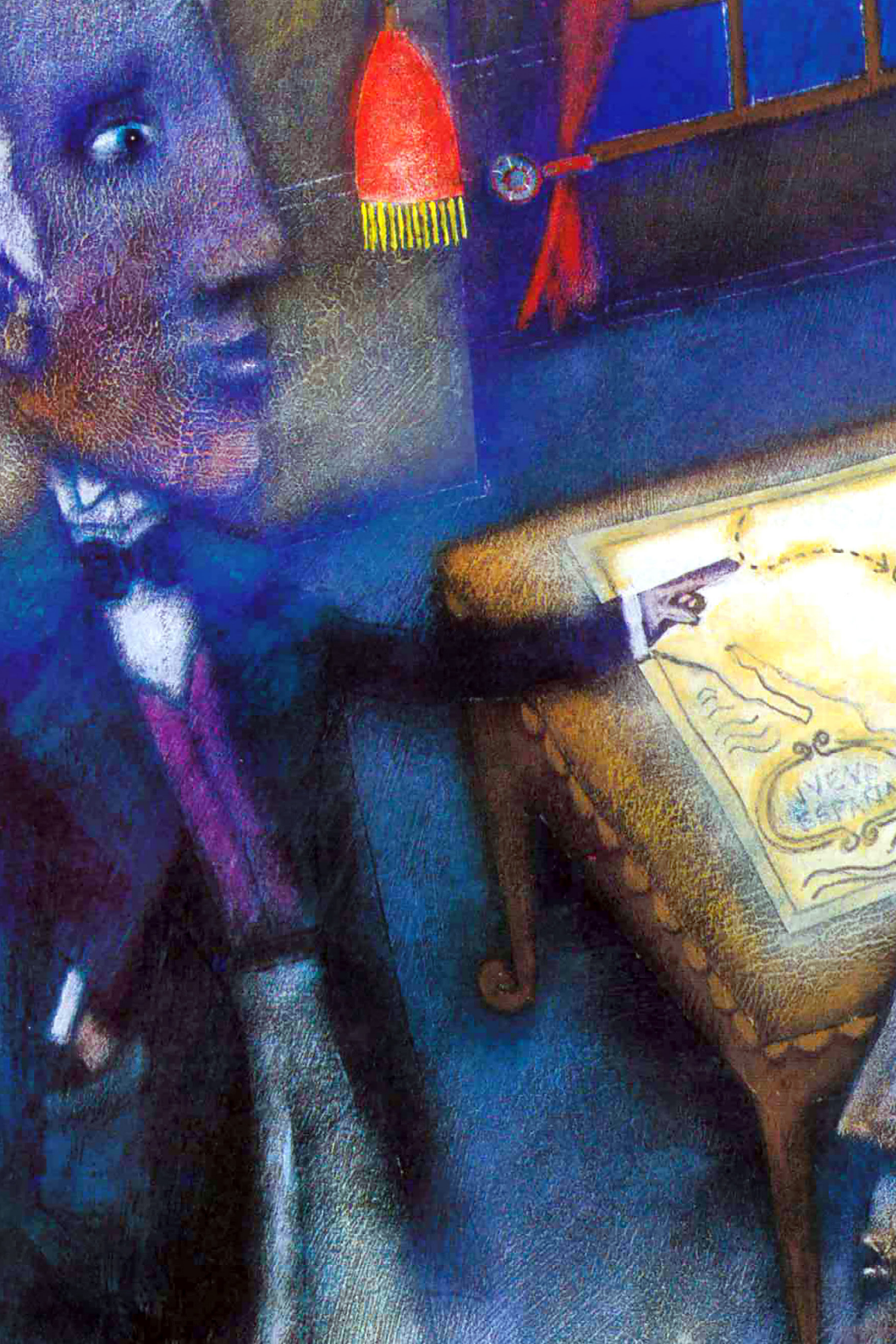
bolsillo, como pudieron, llegaron a Tampico para embarcarse a Nueva Orleans, Estados Unidos. Fue el inicio de más de una década de vaivenes.

La situación en el país tampoco mejoró en esos años. En 1835, el estado de Texas, habitado en su mayoría por colonos de origen estadounidense, se separó de México, con el pretexto de que se instauraría el centralismo, aunque en realidad lo hicieron porque no querían abandonar la esclavitud como medio de producción económica. Eso provocó una guerra que terminó con el general Santa Anna prisionero y Texas independizado.

A finales de 1836 se promulgó una nueva constitución de corte centralista, por la cual los estados se convertían en departamentos y los gobernadores eran designados desde la capital nacional. Anastasio Bustamante nuevamente asumió la presidencia en abril de 1837, para un periodo de ocho años de gobierno. La clase política creyó que se acabarían los problemas, pero no fue así.

Entre 1838 y 1839, Francia intervino militarmente nuestro país con el pretexto de indemnizar a unos ciudadanos suyos afectados por los continuos levantamientos militares, incluido un repostero, motivo por el cual el conflicto también es conocido como la “Guerra de los Pasteles”. Sin embargo, el objetivo real del país europeo era obtener tratos comerciales preferentes en nuestro país.

En 1838, animado por simpatizantes suyos, don Valentín regresó a México, lo que no agradó al presidente Bustamante. En septiembre, el gobierno lo arrestó acusándolo de conspiración; sin embargo, a inicios de diciembre fue liberado de la cárcel por una multitud, pero tuvo que mantenerse escondido todo el año siguiente para evitar

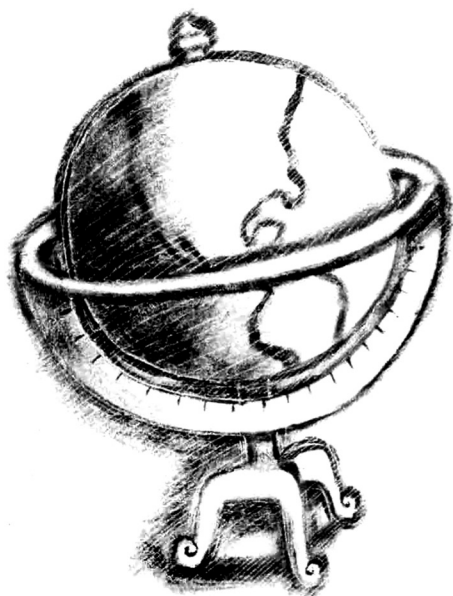




regresar a prisión. En julio de 1840, participó en un levantamiento militar a favor del federalismo. Sin embargo, el movimiento fue derrotado y don Valentín tuvo que huir de nuevo a Estados Unidos. Al año siguiente viajó a Yucatán, estado donde el federalismo tenía muchos seguidores. Sin embargo, abandonó nuevamente el territorio nacional en marzo de 1843, ante la impotencia de no lograr expandir una revolución federalista en todo el país.

En 1845, una vez más regresó a México, vía el puerto de Veracruz. El 6 de junio, mientras salía de su casa en Mixcoac con rumbo al centro de la capital, se enteró de su nombramiento como senador. En ese mismo instante, inició una revuelta armada contra el gobierno que fue rápidamente sofocada. Aunque don Valentín conocía los planes, no tomó parte en el movimiento; sin embargo, eso fue suficiente para que el gobierno iniciara una persecución en su contra.

A fines de ese año, estalló en San Luis Potosí otra revuelta armada, comandada por el general Mariano Paredes, apoyado por el embajador español en México, Salvador Bermúdez de Castro,



quien tenía órdenes secretas de su gobierno para instaurar en México una monarquía encabezada por un príncipe español. Aunque la rebelión de Paredes triunfó, no cumplió la voluntad de Bermúdez de Castro; además, un nuevo peligro que llevaba tiempo en el aire terminó por estallar: el 8 de mayo de 1846 el ejército mexicano y el estadounidense se enfrentaron en Palo Alto, iniciando así la guerra entre México y Estados Unidos.

CONTRA PROPIOS Y EXTRAÑOS

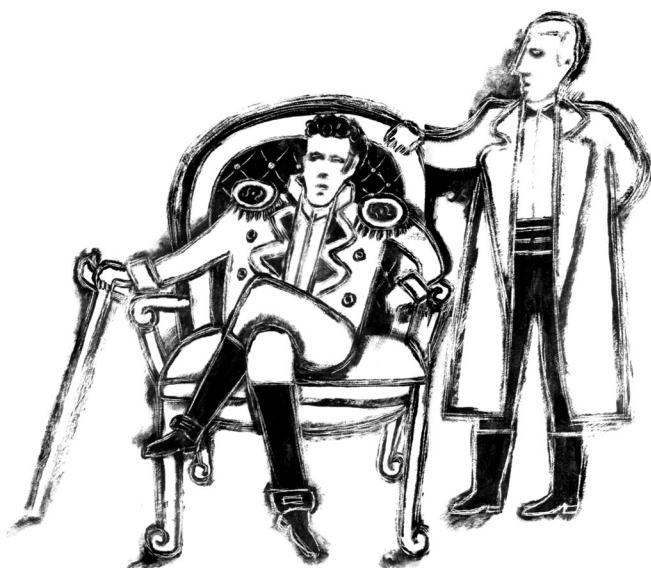
Ante el panorama tan convulso, Antonio López de Santa Anna, quien se encontraba en el exilio, envió cartas a diferentes políticos, entre ellos don Valentín, para que lo ayudaran a regresar al país. Una rebelión militar en agosto de 1846 terminó por echar del poder al general Paredes y, unos días después, Santa Anna llegó a Veracruz. Nuevamente, él y don Valentín tuvieron que aliarse para hacer frente a las apremiantes necesidades internas y externas. El primero se puso al frente del ejército mexicano para dirigir las batallas, mientras que el segundo se dedicó a recaudar dinero para sostener la guerra.

A pesar de la invasión, la unión de los mexicanos no fue posible. Los federalistas se dividieron en dos grupos, radicales y moderados, los primeros encabezados por don Valentín, y los segundos, por el expresidente Manuel Gómez Pedraza. En septiembre de 1846 se celebraron elecciones para el Congreso, en las cuales don Valentín fue elec-

to diputado por Jalisco. Sin embargo, el 24 de diciembre él y Antonio López de Santa Anna fueron designados vicepresidente y presidente interinos respectivamente. Este último no asumió como jefe del Ejecutivo, por lo que nuevamente el vicepresidente llevó las riendas de un país al borde del colapso.

Para solventar los gastos de guerra, don Valentín propuso obtener dinero de los bienes de “manos muertas” de la Iglesia, como se le designaba a todas las propiedades que el Clero tenía a perpetuidad, cuyos derechos no podían cederse sin causa justificada, lo que, desde la perspectiva liberal, las convertían en tierras desaprovechadas. Los religiosos reaccionaron y se negaron a dar misas y a subastar sus propiedades, pues antes que ver por el bien del país, vieron por sus intereses.

Para empeorar la situación, algunos batallones de la milicia cívica, compuestos en su mayoría por hombres de clase media, protestaron contra la orden de marchar de la ciudad de México a Veracruz para combatir a los invasores; por el contrario, se alzaron contra el vicepresidente. Este episodio es



conocido como la “Rebelión de los Polkos”, pues los pronunciados gustaban de vestir bien y bailar danzas europeas, como las polkas, aunque también hay quienes sugieren que el apodo se debía a que eran partidarios de James K. Polk, presidente de Estados Unidos al momento de la invasión.

Aunque la rebelión no triunfó en el aspecto militar, don Valentín dejó la vicepresidencia el 21 de marzo, cuando el general Santa Anna llegó a la capital nacional, a quien escribió: “voy a renunciar al puesto con la satisfacción de haberle sostenido

con dignidad, porque no quiero volver a ser tan mal recompensado por los que debían apreciar mis servicios...”. Aquejado por el reumatismo, se retiró a su casa en Mixcoac, aunque al poco tiempo se tuvo que trasladar a Toluca, ante el avance de los enemigos. En agosto, cuando los estadounidenses entablaron combates en la cercanía de la capital nacional, su casa fue saqueada y convertida en hospital para atender a los invasores.

Don Valentín, al igual que los federalistas radicales, pedía que la guerra se luchara hasta con



el último hombre, a diferencia de los moderados, quienes pedían la paz y detener el conflicto. Finalmente, las tropas de Estados Unidos entraron a la ciudad de México el 14 de septiembre, después de derrotar a las fuerzas que defendían el Castillo de Chapultepec.

El pueblo de la ciudad de México no pudo celebrar en la Alameda, como era costumbre, el 16 de septiembre, pues “los odiados invasores ocupan todos los puntos dominantes y para vergüenza eterna de nuestro ejército la bandera victoriosa de las barras y las estrellas ondea sobre nuestra catedral y nuestro palacio”, como escribió don Valentín en una carta el día 19 de ese mes.

EL PADRE DE LA REFORMA

Tras la caída de la capital nacional, comenzaron las negociaciones entre Estados Unidos y México, que culminaron con la firma del Tratado de Guadalupe-Hidalgo el 2 de febrero de 1848; con ese documento, México cedía varios territorios del norte que, aunque escasamente poblados a dife-

rencia del centro, constituían poco más de la mitad de la extensión del país. Don Valentín se mantuvo alejado de la política en esos años, aquejado de la salud y las finanzas.

A partir del desastre de la guerra, terminaron por conformarse dos grandes grupos políticos: los liberales y los conservadores. Los primeros señalaban que los grupos económicamente activos, como mineros, artesanos, agricultores, comerciantes y letrados, vivían en la miseria, mientras que las “clases improductivas”, que eran el Ejército y la Iglesia, entorpecían el progreso y la estabilidad del país.

Por el contrario, los conservadores aseguraban que la situación del país se debía a que los políticos habían impuesto a la sociedad conceptos y prácticas que les eran ajenos, como la democracia, la república, el federalismo y el liberalismo, pues lo que habían conocido durante 300 años fue una monarquía y el respeto a la autoridad, con la Iglesia como guía de la sociedad.

Don Valentín, electo senador en 1850, se convirtió en un símbolo para la nueva generación de liberales, en particular los radicales, que buscaban

la transformación de la sociedad a través de una revolución, mientras que los liberales moderados sostenían que debía ser un proceso de cambio “natural” y pacífico. Con la llegada nuevamente de Antonio López de Santa Anna a la presidencia en 1853, ahora con poderes dictatoriales y defendiendo el proyecto conservador, don Valentín se mantuvo alejado de la política.

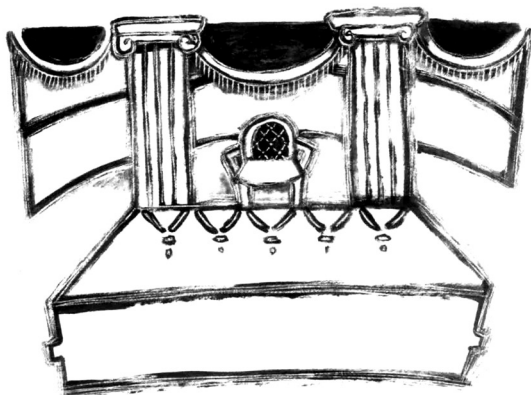
En agosto de 1855, Santa Anna salió exiliado del país, derrotado por la revolución de Ayutla, y con eso se concretó el fin de su era política en México. Don Valentín fue nombrado por los liberales triunfantes como jefe de la Administración General de Correos, donde enfrentó, una vez más, la falta de dinero. Fue electo diputado del nuevo Congreso Constituyente que inició sesiones el 18 de febrero de 1856 y, según un testigo:

Tan pronto como el venerable y reconocido patriota llegó a la puerta, todos los representantes, en un movimiento espontáneo y repentino, empezaron a aclamarlo en forma entusiasta aplaudiéndolo en ruidosa forma para así expresar su admiración por el virtuoso

ciudadano cuyo extraordinario sacrificio lo habían hecho dedicar su vida entera a la defensa de la libertad.

En julio de ese año fue nombrado presidente del Congreso; sin embargo, su avanzada edad y delicada salud lo hicieron ausentarse de la gran mayoría de las sesiones de los diputados hasta enero de 1857, cuando volvió a ser electo como presidente de la Cámara.

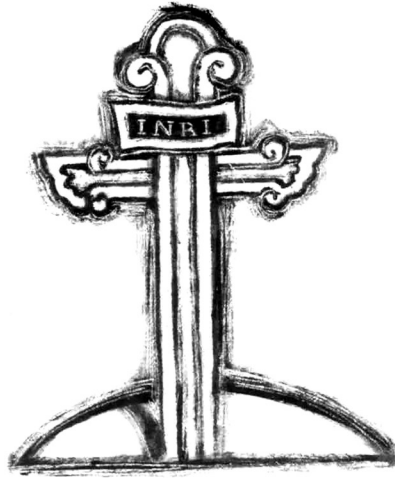
El 5 de febrero de ese año se promulgó la nueva Constitución. Don Valentín, de casi 76 años, ayudado por sus hijos Fermín y Benito, se dirigió al presídium mientras era ovacionado por el público,



leyó el orden del día y fue el primero en firmar la nueva Carta Magna, tras lo cual, con lágrimas en los ojos, expresó: “este es mi testamento”.

La nueva constitución recogía parte de los esfuerzos que don Valentín, como vicepresidente, había impulsado en 1833: se obligaba a la venta de las tierras que pertenecían al Clero y se prohibía de nueva cuenta la obligación de pagar diezmo y demás cobros parroquiales. Las Leyes de Reforma, que se incluirían en la Carta Magna hasta 1873, eliminaban los fueros de militares y religiosos, creaban un nuevo sistema educativo y lograban la separación del Estado y la Iglesia.

En enero de 1858, inició la guerra de Reforma entre conservadores y liberales, que se saldaría con la victoria de éstos últimos en diciembre de 1860. Sin embargo, don Valentín no alcanzó a ver el triunfo militar del movimiento, pues falleció el 5 de julio de 1858, a los 77 años de edad. Dos días después, tras una procesión fúnebre, fue enterrado junto a su amada esposa Isabel en el patio de su casa, pues había sido excomulgado (lo habían sacado de la Iglesia) por sus posturas liberales y



no tenía permitido que su morada final fuera en un cementerio, que todavía estaban bajo control de la Iglesia. Un periódico de la época escribió sobre su funeral: “En su simplicidad, la ceremonia fue digna del modesto y humilde patriarca de la democracia”.

* * *

En una carta de 1849, don Valentín escribió al entonces gobernador de Oaxaca, Benito Juárez, animándolo a enarbolar los principios del federalismo y

el liberalismo radical. Juárez respondió: “las ideas expresadas en su carta son también las mías, puede usted estar seguro que haré todo lo que pueda para llevarlas a cabo”. Don Benito cumplió su promesa, y a pesar de una guerra civil y una intervención extranjera, él y sus compañeros liberales lograron establecer en el país las reformas por las que toda su vida luchó Valentín Gómez Farías.





Valentín Gómez Farías

Impulsor de transformaciones

HORACIO CRUZ GARCÍA

fue editado por el

**INSTITUTO NACIONAL DE ESTUDIOS HISTÓRICOS
DE LAS REVOLUCIONES DE MÉXICO.**

Se terminó en la Ciudad de México en diciembre de 2024.

El mundo en el que nació y vivió Valentín Gómez Farías era totalmente diferente al de nosotros.

¿Te puedes imaginar la vida cotidiana de aquella época? Para empezar no había electricidad, la ciudad de ese pasado remoto era tan distinta que hoy sólo la podemos conocer por algunos viejos edificios, tampoco existían las carreteras ni más medios de comunicación que los periódicos. No había presidentes o Cámaras de diputados sino que gobernaba un virrey, que era nombrado por el monarca español, así que no existía la división de poderes ni los estados como hoy los conocemos.

Además, a lo largo de varios años hubo luchas para transformar la sociedad mexicana, y don Valentín fue uno de los principales protagonistas.



Cultura
Secretaría de Cultura



Instituto Nacional de
Estudios Históricos de las
Revoluciones de México